



Arquidiócesis de Córdoba Fraternidad de Grupos de Oración RCC - Escuela de Formación



***Encuentro Personal con el Espíritu Santo
El Espíritu Santo, el gran desconocido***



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial



FRATERNIDAD DE GRUPOS DE ORACION CARISMATICOS
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA
Arquidiócesis de Córdoba

Escuela de Formación RCC

SEGUNDO NIVEL

Encuentro Personal con el Espíritu Santo
El Espíritu Santo: el gran desconocido

 Introducción

“Mientras Apolo permanecía en Corinto, Pablo atravesando la región interior, llegó a Éfeso. Allí encontró a algunos discípulos y les preguntó: «Cuando ustedes abrazaron la fe, ¿recibieron el Espíritu Santo?». Ellos le dijeron: «Ni siquiera hemos oído decir que hay un Espíritu Santo»”.

Hechos 19, 1-2

Nos enseñaba el Papa Francisco el 13 de mayo de 2013 en Santa Marta:

*“La respuesta que san Pablo recibe de un grupo de discípulos en Éfeso, narrada en Hechos de los Apóstoles, es sorprendente: "Ni siquiera hemos oído decir que exista un Espíritu Santo". **La falta de conciencia que manifiestan los cristianos hace dos mil años no es solo "algo de los primeros tiempos", sino que el Espíritu Santo "es siempre como el desconocido de nuestra fe".***



Hoy en día, muchos cristianos no saben quién es el Espíritu Santo, qué es el Espíritu Santo. Y a veces se oye: "Pero yo me organizo bien con el Padre y con el Hijo, porque rezo el Padre Nuestro al Padre, estoy en comunión con el Hijo, pero con el Espíritu Santo, no sé qué hacer...". O te dicen: "El Espíritu Santo es la paloma, la que nos da siete dones". Pero así el pobre Espíritu Santo está siempre al final y no encuentra un buen lugar en nuestra vida.

Nosotros debemos pensar ¿hasta qué punto este mensaje tan actual de Francisco nos toca a nosotros? ¿Conocemos la persona del Espíritu Santo? ¿Hemos entablado con Él un diálogo afectuoso? ¿Qué relación tengo con este otro amigo que nos dejó Jesús? (cfr. Jn 14, 15ss). En este capítulo trataremos de profundizar en nuestro conocimiento y en nuestro trato afectivo con la Persona del Espíritu Santo, Amor de Dios en nuestros corazones. Pensemos

que sin Él el mismo Dios se torna lejano, como los decía el Patriarca Ignacio IV...

*“Sin el Espíritu Santo,
Dios está lejos;
Cristo queda en el pasado
el Evangelio es letra muerta;
la Iglesia, una simple organización;
la autoridad, una dominación;
la misión, una propaganda;
el culto, una simple evocación;
la vida cristiana, una moral de esclavos.*

*En cambio, con el Espíritu Santo,
el cosmos se levanta
y gime en el parto del Reino;
el hombre lucha contra la carne;
Cristo está presente;
el evangelio es fuerza de vida;
la Iglesia, signo de comunión trinitaria;
la autoridad, servicio liberador;
la misión, un Pentecostés;
la liturgia, memorial y anticipación;
la vida humana es divinizada.”*

Ignacio IV Hazin
Patriarca de Antioquía

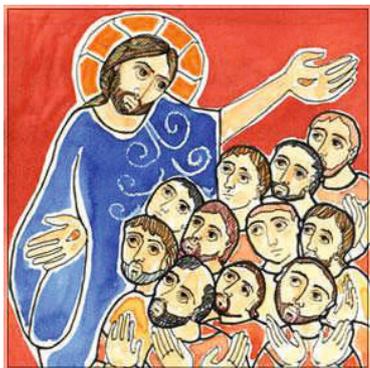
El Espíritu Santo es Dios¹

En el Evangelio de San Juan encontramos las **afirmaciones más contundentes de la plena** revelación del Espíritu como Espíritu Santo. En primer lugar, Juan destaca el hecho teológico de que el Espíritu descendió sobre Jesús (1, 32) y permaneció sobre él (1, 32.33). De esta forma quiere expresar que Jesús es el portador permanente y no esporádico del Espíritu. El evangelista asegura que Dios dio plenamente el Espíritu a Jesús: *“Dios le dio el Espíritu sin medida”* (3. 34). Porque está lleno



¹ BOFF, Leonardo, *El Espíritu Santo, Fuego interior, Dador de vida y Padre de los Pobres*, Ed. Santa María, Buenos Aires, 2015.

del Espíritu, puede también comunicarlo a los demás. Responde a Nicodemo: “*Quien no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios*” (3, 5). Algo similar ocurre con la mujer samaritana: “*Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba; a quien crea en mí le brotarán de su interior ríos de agua viva; se refería al Espíritu que debían recibir los que creen en él* (Jn 7, 37-39). El agua es el gran símbolo de la vida. El espíritu es esta vida.



Después de la Pascua, Jesús sopla sobre los Apóstoles y dice: “*Recibid el Espíritu Santo, a quien perdonéis los pecados le serán perdonados, a quien se los retengáis quedarán retenidos*” (20, 22-23). Una vez más, el Espíritu Santo está vinculado a la vida nueva que sustituye a la vida en la carne. En este contexto habla del Espíritu como “*Paráclito*”. En el lenguaje de la época “*paráclito*” es el defensor de una causa judicial o un intercesor ante cualquier circunstancia, especialmente en la vulnerabilidad.

Este evangelista le llama también Espíritu de verdad, que defiende en las acusaciones y consuela a los desamparados (14, 16; 16, 7-11). En una palabra, el Espíritu sostiene el testimonio de los cristianos ante un mundo hostil (15, 26-27).

En el discurso de despedida (Jn 14, 15-31) Jesús promete [1] otro Paráclito que ya está con los discípulos (14, 17); [2] “*Él os enseñará todo y traerá a la memoria todo lo que dijo Jesús*” (14, 26); [3] dará testimonio de Jesús (15, 26-27); [4] establecerá la culpabilidad del mundo (16, 7-11); [5] conducirá a los discípulos a la plenitud de la verdad (16, 13-15); Él os enseñará toda la verdad y las cosas futuras (16, 13-14); “*tomará de lo que es mío y os lo dará a conocer*” (16, 14) (cfr. Congar, Ives, *El Espíritu Santo*, págs.. 82 ss.).

San Juan, anticipándose a una reflexión trinitaria que vendrá más tarde, dice que el Espíritu procede del Padre y el Padre lo dará a petición del Hijo (15, 26; 14, 16). El Hijo enviará al Espíritu en su nombre (14, 26). Su partida es condición para que Él venga (16, 17). Con referencia a los discípulos: Él estará siempre con ellos (14, 16) y los conducirá a toda la verdad (16, 13). Es el Espíritu quien nos hace aceptar a Jesús: “*En esto conoceréis al Espíritu de Dios: todo espíritu (persona) que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne es de Dios*” (1 Jn 4, 2). “*Sabemos que estamos en Él y Él en nosotros porque nos ha dado su Espíritu*” (1 Jn 4, 13).

Finalmente, Juan dice con todas las letras: “*Dios es Espíritu*” (Jn 4, 24). La declaración se hace en el contexto polémico del relato de su encuentro con la samaritana. La polémica es: ¿Dónde adorar a Dios, en Garizín, la ciudad santa de Samaría, o en Jerusalén, la ciudad santa de Judea? Oponiéndose a esta

localización Jesús dice: “*Dios es Espíritu y debe ser adorado en espíritu y en verdad*” (Jn 4, 23). En otras palabras, Dios no está en ningún lugar, porque como Espíritu está en todos los lugares. Lo que decide no es el lugar geográfico, sino el estado del alma, para adorar en comunión con el Espíritu que llena todas las cosas y actúa en la historia.

☞ **Los dos brazos del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.**

Veamos ahora la contribución de San Pablo a la reflexión sobre el Espíritu Santo. Elabora una reflexión teológica finamente articulada entre el Resucitado y el Espíritu Santo. Para él, la salvación nos viene por Jesús, muerto y resucitado, y por el Espíritu Santo. El ser humano está llamado a ser parte de Cristo y del Espíritu. Cristo y el Espíritu son los dos brazos del Padre que, a través de ellos nos alcanza y realiza su plan de salvación, metáfora utilizada por San Ireneo.



Antes de detallar un poco más la pneumatología de San Pablo, conviene destacar la convicción común a toda la comunidad primera: hemos llegado al final de los tiempos y la nueva era de Dios está a punto de irrumpir. Estamos, por lo tanto, ante una inminencia apocalíptica. Esto queda claro en el primer texto escrito del Segundo testamento que es la Epístola de San Pablo a los Tesalonicenses, elaborada en el año 51/52 de nuestra era. Para este tiempo terminal –rezaban las antiguas promesas– el Espíritu será infundido en todos como fuerza divina que va a revolucionar todo, limpiar el mundo de toda inmundicia y transfigurar la vida y el cosmos.

La resurrección de Jesús fue la gran señal de que el Espíritu estaba en acción, inaugurado el tiempo nuevo, previsto por los profetas, especialmente Joel. El Espíritu hacía de un muerto, un vivo, y de un vivo un transfigurado. La predicación de los Apóstoles pudo anunciar la realización del Reino de Dios en la persona de Jesús, lo que provocaba alegría y adhesión de mucha gente. Pentecostés debe haber significado una experiencia colectiva extremadamente fuerte de la presencia del Espíritu Santo en medio de ellos. Atribuyen al Espíritu Santo una comprensión más profunda de la gesta de Jesús y el descubrimiento de Dios como *Abba-Padre*. (1 Cor 12, 3; Rm 8, 15).

Cada cristiano se siente templo del Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos. Se siente hijo e hija en el Hijo: *Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos e hijas de Dios*” (Rm 8, 14. 29).

Todo este marco de creencias está presupuesto en la reflexión paulina sobre el Espíritu Santo. Pablo no conoce la Iglesia, nacida en Pentecostés, como nos

narra Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Nunca hace referencia a ella. Su experiencia del Espíritu deriva de su encuentro-choque existencial con el Resucitado en el camino de Damasco.

Ahí comprende que Jesús, el crucificado, es el resucitado hecho Cristo y Señor. *“Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo”* (Rm 8, 9). Lo que más le impresiona es la nueva forma en que Jesús existe ahora: no en forma de carne (*kata sárka*), sino en forma de Espíritu (*kata pnéuma*). Es decir, Jesús resucitado asumió las características de Dios, de ubicuidad cósmica y plenitud de vida.

☞ ¡Ven, visita, llena!

La primera estrofa del *Veni Creator* está atravesada por tres verbos puestos en posición fuerte, al comienzo y al final del verso: “¡Ven, visita, llena!”. Ellos confieren a toda la estrofa un gran impulso y plantean también un serio problema a nuestra teología. ¿Cómo puede la Iglesia repetir al Espíritu Santo: Ven, visita, llena? ¿Acaso no cree que haya recibido ya el Espíritu Santo en Pentecostés, y posteriormente, de manera individual, en el bautismo? ¿Qué significa decir “Ven” a alguien que sabemos que ya está presente?



El problema se plantea también para la Escritura. El día de Pentecostés todos quedaron llenos del Espíritu Santo, pero he aquí que, no mucho tiempo después hubo una especie de segundo Pentecostés, en el que de nuevo todos quedaron llenos del Espíritu Santo (Hch. 4,31).

Ante esta aparente contradicción, Santo Tomás de Aquino nos da una explicación de las nuevas “venidas” del Espíritu Santo en nosotros. Observa que el Espíritu Santo “viene” no porque se desplace de lugar, sino porque con la gracia empieza a estar de un modo nuevo en aquellos a quienes convierte en templo de Dios. *“Hay una misión invisible del Espíritu cada vez que se produce un avance en la virtud o un aumento de gracia; cuando alguien pasa a una nueva actividad o a un nuevo estado de gracia; por ejemplo cuando recibe la gracia de hacer milagros o el don de profecía, o renuncia a sus bienes, o emprende cualquier otra cosa ardua y comprometida”.*

El nuevo Pentecostés se está produciendo. Siempre lo ha hecho, pero recientemente ha adquirido proporciones nuevas, que jamás se habían

conocido. En este contexto, hay que mencionar el llamado “Bautismo del Espíritu”, que es la gracia propia de todo este amplio despertar espiritual. Se trata de una experiencia hecha de gestos de una gran sencillez, acompañado por actitudes de humildad, de arrepentimiento, de disponibilidad a hacernos niños, para entrar en el Reino. Es una renovación y una actualización de toda la iniciación cristiana, no solamente del bautismo. El interesado se prepara para ello participando en seminarios de vida, oración y alabanza, todo en un clima de profunda comunión fraterna. Otras veces, en cambio, todo se produce de manera espontánea, fuera de todo esquema, y uno se siente como “sorprendido” por el Espíritu.

El efecto más común de esta gracia es que el Espíritu Santo deja de ser una cuestión intelectual y se transforma en “**experiencia**”. A través de lo que se llama “**Bautismo del Espíritu**” hacemos experiencia del Espíritu Santo, de su unción en la oración, de su poder en el ministerio apostólico, de su consuelo en la prueba, de su luz en las decisiones. Espíritu que nos transforma interiormente, nos da el gusto de alabar a Dios, nos hace descubrir una nueva alegría, nos abre la mente a la comprensión de las Escrituras y sobre todo nos enseña a proclamar que Jesús es “Señor”.

Esta aceleración en el camino de la gracia suele estar ligada a la recepción de un sacramento, aunque no necesariamente. Además de la Eucaristía y las Escrituras hay otro camino por el cual se produce la “sobria embriaguez del Espíritu”, un camino pentecostal, o sea, libre, imprevisible, que no está sujeto a signos instituidos, que sólo depende de la soberana y libre iniciativa de Dios.

Pentecostés fue el primer bautismo del Espíritu. En toda su obra Jesús “bautiza con Espíritu Santo”, toda su obra mesiánica consiste en derramar el Espíritu sobre la tierra...

☞ **¿Qué hace falta para que también nosotros podamos hacer esta experiencia pentecostal?**

Primero, pedir con insistencia el Espíritu Santo al Padre, en el nombre de Jesús, ¡y esperar a que el Padre responda! ¿Sobre quién viene el Espíritu Santo? “*Viene donde es amado, donde es invitado, donde es esperado*” (San Buenaventura).

A veces, sin darnos cuenta, invitamos al Espíritu Santo de una forma no real, en cambio, tenemos



que estar seguros de que esta invitación será tomada muy en serio y acogida.

En la oración tenemos que ser unánimes y perseverantes como lo fueron los apóstoles con María en el cenáculo, uniéndonos a otras personas que hayan hecho ya la experiencia de un nuevo Pentecostés y que os pueden ayudar a prepararnos y a vencer todo temor.

También tenemos que estar preparados a que algo cambie en nuestra vida. No podemos invitar al Espíritu Santo a venir, a llenarnos, con tal de que lo deje todo como estaba. Lo que el Espíritu toca, el Espíritu cambia. El que clama “¡Ven, visita, llena!” se entrega al Espíritu, le da las riendas de su vida, o las llaves de su casa. Es la condición.

No podemos repetir “¡Ven, visita, llena!”, dejando que una vocecita secreta, la de la carne, añada en voz baja “¡Pero, por favor, nada de cosas raras, nada que se salga de lo normal!”. Los apóstoles no tuvieron miedo de que les tomaran por borrachos. En determinados casos, los “muros de Jericó”, al derrumbarse, hacen estruendo, o levantan humo y polvo; nos referimos al llanto o a otro tipo de reacciones “disparatadas” en el cuerpo. Desde luego no es el Espíritu el que provoca directamente estas manifestaciones, es la carne que a veces no está preparada para el impacto con el Espíritu y reacciona como lo haría el agua fría puesta en contacto con un hierro al rojo vivo. Pero tampoco es algo de lo que haya que tener miedo y avergonzarse.

Pero, ¿cómo podemos decir estas palabras, si en cuanto el Espíritu Santo empieza a realizar en serio lo que le pedimos, gritamos asustados “¡Así no, así no!”, y de aquellos que muestran los efectos de su venida decimos “Están borrachos”?

☞ La obra santificadora del Espíritu

La segunda estrofa del *Veni Creator*, traducida al pie de la letra, dice así:

*“Tú, que eres Paráclito,
don de Dios altísimo,
agua viva, fuego, amor
y espiritual unción”*



Empieza una larga y emocionada contemplación del Espíritu Santo en la Iglesia. A la invocación “¡Ven, visita, llena!” sigue el “elogio” del Espíritu. Se

trata al mismo tiempo de un reconocimiento, con un ímpetu de sincera y gratuita admiración, alabanza y entusiasmo.

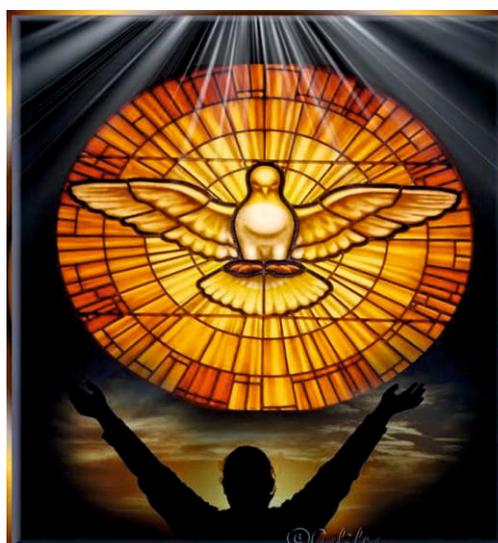
El elogio está constituido por una serie de títulos o símbolos del Espíritu Santo extraídos sin excepción de las Escrituras, y aquí está su fuerza. En este sentido, hay una gran afinidad entre el *Veni Creator* y el cántico de María, el Magnificat, en sus títulos y expresiones extraídos casi todos de la Escritura. Es la característica inimitable de la Escritura, decir con palabras antiguas cosas nuevas; con pocas palabras, verdades profundas...

En la Biblia, aparecen sucesivamente dos maneras diferentes en las que el Espíritu de Dios actúa y se manifiesta. El primer modo que podemos llamar "**carismático**", es el que presenta al Espíritu Santo como una fuerza divina que irrumpe en determinadas ocasiones sobre personas particulares, haciéndolas capaces de acciones y servicios que están más allá de las posibilidades humanas. El Espíritu viene sobre una persona y la llena de sabiduría o de capacidades artísticas para embellecer el templo (Ex.31,3; 35,31); viene sobre otra y le infunde el carisma profético (Mq.3,8), o excepcionalmente dotes de gobierno (Is.11,2), o una fuerza física sobrehumana para liberar al pueblo (Jue 13,25).

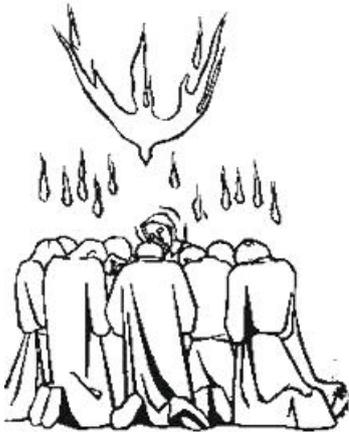
El segundo modo que podemos llamar "**santificador**" es el que empieza a manifestarse en los profetas y en los Salmos durante y después del exilio. Por ejemplo, en Ezequiel, donde Dios anuncia: "*Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo... Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos*". (Ez.36,26-27)

La diferencia fundamental entre los dos modos de actuar está en que en el primer caso la acción del Espíritu pasa a través de la persona que la recibe, pero no se queda en ella; más que su provecho espiritual, le preocupa el bien de toda la comunidad. Puede que la persona no mejore en absoluto a causa del carisma que está ejerciendo: puede, incluso, abusar de él y convertirlo en motivo de reprobación. En el segundo caso, en cambio, la acción del Espíritu permanece en la persona que la recibe, renovándola y transformándola interiormente.

Ante estos dos modos, San Pablo insiste en la superioridad de la caridad, pero reconoce que ambas cosas son necesarias para la Iglesia, ya que proceden del mismo Espíritu y tienen la misma finalidad, esto es, la edificación del cuerpo de Cristo (cfr. 1Cor.12,14).



☞ Un nombre nacido de la experiencia



¿De dónde sacó el evangelista Juan el título de “Paráclito”, que se repite hasta cuatro veces en el breve espacio de los capítulos 14-16 de su Evangelio? No podemos demostrar que lo haya oído del propio Jesús, pero tampoco podemos demostrar lo contrario. Jesús habló muchas veces, en vida y después de su resurrección, del Espíritu Santo.

Además, el nombre y el concepto de Paráclito, aplicado al Espíritu Santo, no es tan extraño y peregrino. Es más, se trata de la culminación de toda una línea de pensamiento bíblico. En el Antiguo Testamento, Dios es el gran consolador de su pueblo, aquel que proclama “Soy yo quien os consuela”, “¡vuestro Paráclito!” (Is. 51.12), aquel que “consuela como una madre” (Is. 66,13).

Este consuelo de Dios, o este Dios del consuelo, se ha encarnado en Jesucristo, que se define como el primer Consolador o Paráclito (Jn. 14,15). Siendo aquel que continúa la obra de Cristo y que lleva a cabo las obras comunes de la Trinidad, el Espíritu Santo no podía dejarse de definir, a su vez, como Consolador, el “otro Consolador”, como lo llama precisamente Jesús.

Sin embargo, hay otra fuente a la que este título debe su origen y su importancia, y es la experiencia de la Iglesia. Toda la Iglesia, después de Pascua, ha tenido una experiencia viva y fuerte del Espíritu como consolador, defensor, aliado, en las dificultades externas e internas, en las persecuciones, en los juicios, en los juicios, en la vida diaria. En los Hechos de los Apóstoles leemos “*La Iglesia...se consolidaba viviendo en fidelidad al Señor, llena del consuelo (¡paráclisis!) del Espíritu Santo*” (Hechos 9,31).

Lo que ocurre entre los discípulos y el Espíritu Santo después de Pascua es motivo de asombro. Es imposible no reconocer allí una acción poderosa de Dios. En todos los planos, la Iglesia percibe al Espíritu Santo como una presencia, una realidad familiar. Al Espíritu Santo, ¿Quién le había visto?, y sin embargo todos hablan de él como de una realidad muy conocida, a él se remite todo acontecimiento, desde el más pequeño hasta el más grande.

El Paráclito se limita a hacer, palabra por palabra, lo que Jesús había predicho de Él...

☞ Convertirnos en Paráclito

Por lo tanto, con el término “Paráclito” estamos tocando el vértice de la revelación sobre el Espíritu Santo. Él no es sólo “algo”, sino “Alguien”. Alguien que permanece en nosotros como presencia, interlocutor, defensor, amigo, consolador, el dulce huésped del alma, aquel que fue el “compañero inseparable” de Jesús...y que ahora quiere serlo de cada uno de nosotros.



“Él es, para los hijos de la gracia y para los pobres de espíritu, el abogado en el exilio de la vida presente, el consolador, la fuerza en las adversidades, la ayuda en las tribulaciones. Él es el que enseña a orar como es debido, el que hace que el hombre se adhiera a Dios.” (Guillermo Thierry)

No basta con estudiar el significado de “Paráclito”, ni con honrar e invocar al Espíritu Santo con este nombre dulcísimo. ¡Tenemos que convertirnos nosotros mismos en paráclitos! Éste es un título que hay que imitar y vivir, no solamente comprender.

El Paráclito no solamente nos consuela, sino que nos impulsa a consolar y nos hace capaces de consolar. (2 Cor. 1, 3-4). El consuelo viene de Dios que es el “Padre de todo consuelo”. Viene sobre el que está en la aflicción, pero no se detiene en él, alcanza su verdadero objetivo cuando el que ha experimentado el consuelo lo utiliza para consolar a otros.

Pero, ¿cómo debemos consolar? Con el mismo consuelo que hemos recibido de Dios; con un consuelo divino, no humano. No hay que conformarse con repetir estériles palabras de circunstancias que no cambian la situación (¡Ánimo, no te deprimas, verás como todo irá bien!); hay que transmitir el auténtico consuelo que proporcionan las Escrituras, capaz de mantener viva la esperanza (Rom. 15,4). Así se explican los milagros que una simple palabra o un gesto, hechos en clima de oración, con fe en la presencia del Espíritu, son capaces de realizar junto a la cabecera de un enfermo. Es Dios el que está consolando a través de ti.

En cierto sentido, el Espíritu Santo nos necesita para ser Paráclito. Él quiere consolar, defender, exhortar; pero no tiene boca, ni manos, ni ojos para dar cuerpo a su consuelo. O mejor dicho, tiene nuestras manos, nuestros ojos, nuestra boca. “*Confortaos unos a otros*” recomendaba Pablo a los primeros cristianos. (1 Tes. 5,11). El verbo traducido literalmente quiere decir “*Haceos paráclito*” los unos a los otros.

Si el consuelo que recibimos del Espíritu no pasa de nosotros a los demás, si queremos retenerlo egoístamente sólo para nosotros, muy pronto se corromperá.

“Espero compasión, y no la hay; nadie me consuela” (Sal. 69,21)

En Getsemaní, Jesús buscó consoladores, pero no los encontró. Ojalá no tenga que pronunciar esas mismas palabras también sobre nosotros.

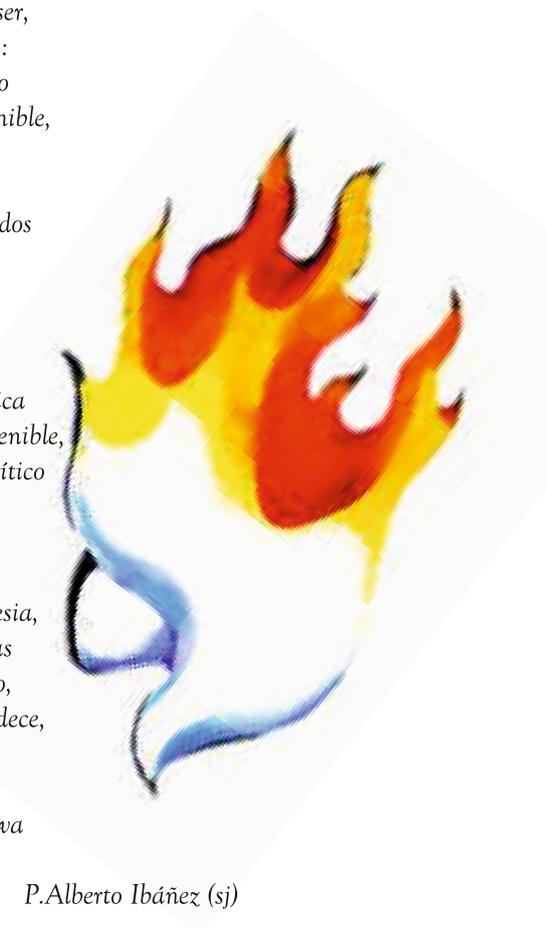
Al Paráclito se le llama “padre de los pobres”; nunca estamos tan seguros de ser unos paráclitos como cuando nos inclinamos sobre el pobre, el humilde y el afligido, cuando el consuelo es gratuito.

Pidamos esta gracia a María, quien es “Consoladora de los afligidos” y “abogada de los pecadores”...

*Luz que penetras mis rincones sombríos,
Llamarada que enardece mi pecho,
Brasa que a veces deo cubrirse de cenizas,
pero que otras veces incendia todo mi ser,
Hoguera de amor que no se extingue:
compadezco a quienes te tienen como
un concepto abstracto, hipotético, indefinible,
sólo descubierto por deducción.*

*En cambio, para quienes tiene ejercitados
sus sentidos interiores
y su discernimiento de espíritus,
Tú eres dulce maestro interior,
el Confidente de todos los días,
o -por lo menos- eres Erupción volcánica
que algunas veces brotas con ardor incontenible,
desafiando las barreras que el mundo crítico
pretende imponerte.*

*Tú eres la Pasión enardecida
con que los santos se jugaron por la Iglesia,
la Atracción seductora que me invitas
a buscarte en lo interior de mí mismo,
la Ilusión verdaderísima que me engrandece,
consolida, libera y lanza
a la lucha triunfal por el Reino,
la Certeza de la esperanza que nos lleva
hacia la Promesa definitiva.*



P.Alberto Ibáñez (sj)

BIBLIOGRAFÍA

- BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2010.
- BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est*, Ed. Paulinas, Buenos Aires, 2005.
- FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, Ed. Paulinas, Buenos Aires, 2013.
- CANTALAMESSA, Raniero, *Ven Espíritu Creador*, Ed. Paulinas, Bs. As. 2010
- BOFF, Leonardo, *El Espíritu Santo, Fuego interior, Dador de vida y Padre de los Pobres*, Ed. Santa María, Buenos Aires, 2015.